

minos; si estos son desconocidos lo es también la relación; pero el conocimiento de los términos nos da el de su relación. Primeramente las cosas fijan la atención y después de esto comienza la comparación. Por esto la noción es anterior al juicio.—La ley de la relación debe no salir de sus justos límites. Si se trata de relación externa no tiene valor más que respecto de cosas finitas y no se aplica á Dios, al Ser solo y único fuera del cual nada hay; y no tiene valor respecto de las cosas finitas sino cuando son conocidas como tales, y puede uno darse cuenta de los límites.—La idea de relación no entra en el conocimiento indeterminado. Fichte, Renouvier y Vacherot se han equivocado asegurando que el yo no puede ser conocido más que en oposición con el no yo, infiriendo de esto que no hay yo infinito por que el yo supone el no yo y entonces no es infinito.

Las partes contenidas en el ser ó en el objeto del pensamiento en cuanto á que son órganos de un mismo todo, son necesarias las unas á las otras y no pueden ser las unas sin las otras. De ahí proviene la ley de "condicionalidad" que se aplica á los miembros determinados de un autótesis. Estos términos deben ser reconocidos en su dependencia recíproca y explicados cada uno por su contrario por medio del contraste como correlativos. De aquí viene la ley de reciprocidad, "principium influxus seu commertii mutui," según la que todo lo que está unido en un todo, obra lo uno sobre lo otro modificándose mutuamente. Así es como el espíritu y el cuerpo, esencialmente unidos en el hombre se cambian de tal modo que adquieren propiedades que sin esta unión no tendrían. La química nos ofrece ejemplos de esta comunidad de las acciones de sustancias que se unen: cuando un metal y un ácido se combinan este ahora sobre aquel y aquel sobre este.

La forma general de las leyes de la subordinación se halla en el principio de "continencia" aplicado á las formas lógicas del pensamiento y sobre todo el silogismo.—Las partes entran en el todo y el todo es cada una de sus partes.—Así el espíritu y el cuerpo entran en el hombre y el hombre en el espíritu y en el cuerpo con todas sus determinaciones y toda la serie de sus fenómenos.—Todo lo que está en el contenido está en el continente: lo que no está en el continente no está en el contenido.—Aplicanse estas fórmulas á todas las relaciones de subordinación; á las relaciones de la especie con el género, del mundo con Dios, del efecto con la causa, de la consecuencia con el principio, del fenómeno con la ley.

Los principios de razón y de causa implican el de continencia. Lo que está en el efecto ó en la consecuencia está también en la causa ó en

la razón: lo que no está en la causa ó en la razón no está tampoco en el efecto ó en la consecuencia.—Estos principios son leyes fundamentales del conocimiento y satisfacen la necesidad que tiene el pensamiento de saber el origen y fin de las cosas.—"Rerum cognoscere causas"—El método sintético, que deduce los seres de sus principios tiene por fundamento la idea de razón ó de principio. ¿En donde está la razón de las cosas? Solo puede encontrarse en el ser mismo. La propiedad que expresa la relación esencial de dos cosas, de las que la una está en la otra, se llama razón, fundamento, principio por excelencia, "principium rationis determinantis"—Así es como en metafísica la omnisciencia de Dios tiene su razón en la esencia infinita de Dios y el conocimiento imperfecto del hombre en la esencia limitada del hombre.

Tal es el conjunto de las leyes del conocimiento reconocidas en sus relaciones orgánicas, referidas á la idea fundamental del ser. Las leyes del pensamiento están colocadas en las categorías, y son indispensables unas y otras para la resolución del problema de la legitimidad de nuestros conocimientos.

Libro Cuarto.

LA LEGITIMIDAD DEL CONOCIMIENTO.

CAPITULO I.

EL CONOCIMIENTO INMANENTE.

Hemos estudiado y sabemos lo que es el conocimiento en sí mismo, en sus orígenes, en sus leyes, en qué especies se divide y conforme á que principios se forma. Debemos examinar si es legítimo, si llega á su objeto y si tiene el pensamiento valor objetivo. ¿Son siempre exactos nuestros conocimientos? No; porque es posible el error. ¿Puede ser exacto y tener nosotros la seguridad de esa exactitud? Este es el punto litigado entre el dogmatismo y el escepticismo.—La verdad dicen los escépticos es una ilusión que nos engaña y la certeza un sueño que encanta á la inteligencia. Los sentidos nos engañan; nos extravía la razón; los sentidos contradicen á la razón y esta á los sentidos. Entre el pensamiento y la realidad hay un abismo que nunca podrá llenarse.—Hé ahí la duda absoluta.—Otros autores y entre ellos Kant, aban-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ago. 1925 MONTERREY, N.M.

donan al enemigo los conocimientos racionales y solo quieren salvar los experimentales. El sistema de la crítica no es mas que en razon del escepticismo; por lo cual refutando la crítica queda refutado este.

Precisemos el objeto. El conocimiento legítimo es el conocimiento verdadero y cierto, conocimiento científico. Preguntar si nuestros conocimientos son legítimos es preguntar si sabemos que las cosas son en sí mismas como las conocemos, es decir, si estamos seguros de que son como se ofrecen á nuestros sentidos ó á nuestra razon. El escepticismo resulta y no puede menos que resultar, de la posibilidad de un desacuerdo entre el sujeto y el objeto. ¿Podemos certificar que estos dos términos concuerdan en el conocimiento? Esta es toda la cuestion.

Se trata de la armonía entre el pensamiento y la realidad.—Si conocemos el objeto como es, conocemos la esencia de las cosas, porque entendemos por esencia lo que son las cosas y desde luego podemos apreciar la diferencia que haya entre el objeto como es y el objeto como nos aparece en nuestras intuiciones. Por otra parte si conocemos el objeto tal como es, como nada conocemos sin ayuda de las categorías, desaparece toda hipótesis de error ó de ilusion.

¿Y podemos conocer las cosas como son? Si; procediendo con método. El filosófico se compone de análisis y de síntesis; por el primero conocemos las cosas como nos aparecen en la intuicion; por la segunda las conocemos como deben ser en virtud de los principios. Si en la observacion nos aparecen las cosas como deben ser, la certeza está adquirida.—El análisis ve, observa y contempla al objeto en si mismo: la síntesis demuestra el objeto como consecuencia de una verdad superior sin mas guia que el raciocinio. ¿Qué objecion cabe si la demostracion concuerda con la observacion? Ninguna á la verdad. Pero la demostracion supone un "principio." ¿Hay alguno absoluto y podemos conocerlo de un modo exacto y cierto? Esta es la primera condicion de la ciencia y su punto mas difícil. Esto es lo que vamos á investigar por que si no hay principio no hay ciencia.

El "punto de partida" de la ciencia debe ser inmediato, cierto, universal. La psicología prueba que hay una verdad que reúne estas tres condiciones, que esta verdad es sola y única y que existe en el pensamiento "yo." No se trata de la existencia del yo; ni de la identidad del yo segun las fórmulas de Descartes y de Fichte, sino pura y simplemente del yo sin designacion y sin exclusion de ninguna de sus

propiedades.—El pensamiento yo es anterior á todo pensamiento particular relativo á las propiedades, partes, actos y relaciones del yo. Con mas razon el pensamiento yo es anterior á todo pensamiento relativo al no yo. Nada se puede afirmar del yo sin afirmar primeramente el yo.—Hay pues un pensamiento, uno solo que precede necesariamente á los otros: inmediato, supuesto que no se deriva de otro por via de consecuencia; universal, porque existe para todos los seres racionales sin exceptuar á los escépticos y que no puede negarse sin contradiccion; cierto, por que no está todavía determinado y es superior á los dos términos del conocimiento.—Este pensamiento es el punto de partida de la ciencia.

Es de notarse que este punto de partida es una intuicion indeterminada que tiene por objeto el yo entero antes de todo análisis y que por consiguiente es una intuicion intelectual. Las sensibles no se refieren mas que á objetos determinados considerados como tales. La existencia de las intuiciones intelectuales consta pues desde el principio de la ciencia.—Toda la ciencia del yo no es mas que el desarrollo de la intuicion yo y este desarrollo parece ser inagotable; por esto el pensamiento yo que sirve de punto de partida á toda la ciencia es al mismo tiempo el "principio particular" de la psicología, porque llamamos principio á lo que es razon de otra cosa, á lo que la contiene en su esencia. Y no decimos que la intuicion yo sea el principio absoluto de la ciencia entera, porque no envuelve nuestros pensamientos trascendentes, sino que afirmamos solamente que es el principio de todos nuestros pensamientos relativos al yo ó de nuestros conocimientos inmanentes.

Estos se encierran en la esfera del yo y ofrecen la particularidad interesante de que el sujeto y el objeto del pensamiento son unos mismos ó que el objeto no sale de los límites del sujeto.

¿Qué es el yo? Un ser cuya esencia es una, simple, idéntica, que es puesto con otros seres y entónces se conoce como cosa finita y relativa, que existe en si mismo y por si mismo á título de sustancia individual y personal, que á un mismo tiempo es espontáneo y está sometido á condiciones exteriores, que desarrolla en la vida una serie continua de actos ó fenómenos de los que es causa, que se distingue en este punto de vista como facultad, actividad, fuerza y tendencia, como pensamiento, sentimiento y voluntad. El desenvolvimiento de estas proposiciones abraza casi todo el cuadro de la psicología, mas ninguna de ellas sale de los datos inmediatos de la conciencia, ninguna es extraña á la intuicion yo que es nuestro punto de partida. Es siempre un solo

y mismo pensamiento que indeterminado en su origen se determina mas y mas y sin límites, á esfuerzos del análisis.—Tal es el conjunto de nuestros conocimientos inmanentes.

¿Son legítimos estos conocimientos? ¿Reunen las condiciones de la ciencia? ¿Tienen un principio y un punto de partida? Sí; son legítimos siempre que se proceda con método. La certeza de la intuición yo es un criterio. Quien dice: tengo conciencia de mí mismo, la tiene también de su identidad y causalidad, de sus emociones y conocimientos. Y á quien tenga duda de su sentido íntimo, de su voluntad, de su causalidad puede responderse: vuestras dudas dan testimonio en contra vuestra, porque no se duda sin pensar, no se piensa sin querer y no se quiere sin ser causa. El espíritu tiene la propiedad de interrogarse á sí mismo, de responderse y de juzgarse.—Nadie se miente á sí mismo cuando investiga sinceramente la verdad; así es que la psicología es posible como ciencia, á lo menos en los límites de la observación individual.

Y en verdad el conocimiento inmanente no considera mas que el "yo individual." Objeta un autor que los seres racionales dotados de conciencia son tal vez diferentes los unos de los otros; pero esto es poco probable y no importa nada. El conocimiento inmanente no se ocupa en todos los yo y tal vez ni sabe que existen.—Cada uno tiene en sí mismo el punto de partida.—La ciencia del yo no es la ciencia de la humanidad, objeto trascendente de la inteligencia, sino la ciencia de un ser determinado que para mí soy yo. En esto se diferencia la psicología experimental de la general ó racional. Y es necesario conocer bien los límites del conocimiento inmanente. Cuando aplicamos al yo ciertas propiedades que se llaman categorías como el ser, la esencia, la unidad, la identidad, la causalidad, no las usamos como categorías sino como atributos del yo.—Afirmamos únicamente que el yo es un ser ó un objeto, que existe y que es sustancia. Si hay otros seres otras causas. otras sustancias fuera ó sobre el yo, asunto es que no entra en la esfera del conocimiento inmanente.

Si el objeto de la ciencia es individual también lo es la "certeza" de ella.—Soy testigo de lo que he visto en mi fuero interno y supuesto que se trata solamente de mí, debo abstenerme de generalizar; ignoro si el yo "debe" tener una esencia y tenerla "siempre," porque enuncio un hecho nada mas y es que el yo tiene esencia y propiedades.—Examinándome con cuidado encuentro en mi proposiciones generales y apodícticas como estas: todo ser tiene esencia, todo fenómeno causa, toda propiedad supone una sustancia, y me conformo con

notar estas proposiciones porque estoy seguro de que existen; pero no quiero decir nada respecto de su valor. En tales condiciones la certeza es completa.

¿Quiere decir esto que la psicología esté exenta de error? Este es posible en toda materia; pero puede evitarse desde el momento en que se establece la base de la ciencia. En el conocimiento inmanente es necesario conformarse con las reglas de la observación, consignar los hechos, nada mas que los hechos, sin espíritu de partido y precaviéndose contra las hipótesis y las opiniones preconcebidas filosóficas ó religiosas: es necesario también evitar los abusos del idioma y definir con cuidado los términos que se usan.—Suelen ser oscuras las cuestiones porque no se ofrecen en el lugar debido.

Las objeciones que hace Kant contra la psicología se apoyan en el error fundamental de que no tenemos intuición intelectual del yo considerado en su esencia, como objeto del pensamiento, sino solamente intuición sensible de los actos del yo como sujeto del conocimiento.—Procuraremos responder á esas objeciones.

El fundamento único de la psicología pura, dice Kant es la representación vacía del yo que ni aun es un concepto, sino un simple acto de conciencia inseparable de todo concepto. Ese yo que piensa no es mas que el sujeto del pensamiento, un desconocido de quien nada se puede saber mas que por los pensamientos que son sus atributos.—Es claro que no puedo representarme á un ser pensante, por vía de observación sino solo por mi propia conciencia; de suerte que para afirmar que hay seres pensantes, necesito transmitirles mi propia conciencia á las cosas extrañas. Estas son las ilusiones é hipótesis que sirven de base á la psicología pura.

En esos términos Kant ha manifestado la temeridad del análisis psicológico como se practicaba antiguamente en las escuelas de Descartes y Leibnitz; pero la acusación de estas no puede afectarnos á nosotros y aun carece de exactitud en algunos puntos.—Verdad es que la intuición yo es el fundamento de la psicología; pero no es cierto que esa intuición sea vacía, supuesto que contiene toda la ciencia del yo y todo el sistema de nuestros conocimientos como actos del yo: no es un concepto esa intuición, es decir, la noción de lo que es común á todos los yo, sino una noción indeterminada, que no se halla en las clasificaciones lógicas. El yo no es un desconocido de quien nada se puede decir sino una cosa eminentemente determinable hasta lo infinito. El yo es cada una de sus determinaciones, cada uno de sus atributos y actos y nadie ignora que el sujeto y el objeto son un solo y mismo ser

en la conciencia propia. El hecho del sentido íntimo es inatacable sea cual fuere su causa y significa que el yo que conoce es idéntico al yo que es conocido, cuando se conoce uno á sí mismo.

Expone Kant que la psicología está contenida en cuatro proposiciones que determinan el alma segun las categorías de la relacion, cualidad, cantidad y modalidad: el alma es sustancia, es simple, es una, está en relacion con los objetos posibles en el espacio. De ahí se deducen los conceptos de inmaterialidad, incorruptibilidad, personalidad é inmortalidad.

Al criticar el autor las cuatro fórmulas que son el resumen de la ciencia del alma, reconoce que el yo tiene conciencia de sí mismo como sujeto simple é idéntico del pensamiento. Esta proposición, dice, es analítica; pero no puede trasformarse en juicio sintético diciendo: el yo es una sustancia idéntica y simple. El alma es el sujeto invariable de sus actos; pero no se puede inferir de esto que subsiste en sí mismo como sustancia. Para constituir esta noción son necesarios otros datos mas que el hecho del pensamiento. No reconoce un objeto como sustancia sino por intuición intelectual y ciertamente no la tenemos.

Estas objeciones se refieren á quienes se sa len arbitrariamente de los límites de la observación psicológica concluyendo de un objeto á todos los objetos. Solamente la metafísica puede legitimar proposiciones generales y necesarias.—Sin duda que la afirmación de la sustancia supone otros datos mas que el fenómeno del pensamiento, porque un fenómeno no es una sustancia y el alma existiendo segun el axioma "cogito, ergo sum" pudiera ser un accidente; pero nos faltan estos otros datos: el yo tiene conciencia de su ser, de su esencia, de sus propiedades como de sus actos; el yo no es solamente un pensamiento, sino que antes que todo es una cosa que piensa.

El conocimiento inmanente rigurosamente circunscrito en su terreno resiste á los ataques de la crítica. Es legítimo desde el momento en que realiza las condiciones de la ciencia.

CAPÍTULO II.

EL CONOCIMIENTO TRASCENDENTE.

Lógicamente no es posible dudar sino respecto de los objetos que están fuera del yo y sobre el yo. En esto ya no es bastante el testimonio

de la conciencia sino que se necesita de la intervencion de los sentidos y de la razon. ¿Nos trasmíten ellos con fidelidad los objetos? Muchas veces nos engaña alguna ilusión óptica ó acústica. ¿Comprende el entendimiento las cosas exteriores tales como son en sí mismas? ¿Cómo podemos saberlo supuesto que no podemos salir de nosotros mismos? ¿Hay en realidad cuerpos ó será el mundo físico una fantasmagoría de la imaginación, semejante al fenómeno del delirio, como pretenden los idealistas? ¿Tenemos semejantes ó el yo será absoluto y aislado como quiere Fichte? ¿Quién tiene razon, el que afirma ó el que niega la existencia de Dios?—Todo puede disputarse menos el yo: habrá ó no habrá mundo; los sentidos podrán inducirnos en error; pero cada quien puede decir con certeza "soy." ¿Es esto cuanto sabemos? Tal vez y si queremos adelantar mas allá necesitaremos las categorías que aplicamos á todos los objetos del pensamiento; mas si ellas son legítimas refiriéndose al yo ¿qué seguridad tenemos de su valor en un mundo trascendente?

Ya se ve que lejos de disminuir las dificultades de la empresa, las exageramos quizá.—¿Si nos conocemos, si tenemos conciencia de nuestra limitación y órganos que nos ponen en relacion con lo exterior, por qué no habríamos de saber nada del mundo en que vivimos y del autor de nuestra existencia? Si tenemos nosotros un punto de partida por qué no ha de tener la ciencia un principio?—Tal vez esta sea la dificultad: si conociéramos el principio de la ciencia toda dificultad desaparecería á la luz de esa verdad superior.—El principio es la razon de las cosas; el principio del conocimiento es la última razon del conocimiento y en ella debe encontrarse la solución de las dudas que oscurecen la teoría del conocimiento.

El tránsito del conocimiento inmanente al conocimiento trascendente está en la razon. Ella nos da los principios y leyes que salen de la estrecha esfera de nuestra individualidad y nos permite entrar en el terreno del no yo.—El yo se pone frente al no yo y por esta oposición adquiere el sentimiento mas y mas vicio de su limitación, de su dependencia, de sus relaciones de todo género con el exterior.—Entonces comienza el desarrollo del conocimiento trascendente segun las leyes de la vida intelectual, bajo el predominio sucesivo de la sensibilidad, del entendimiento y de la razon. Por medio de los sentidos hacemos constar los fenómenos; por medio del lenguaje entramos en comunicacion con nuestros semejantes; por medio del entendimiento combinamos y generalizamos las impresiones de los sentidos y clasificamos los seres; por medio de la razon nos elevamos sobre el yo, sobre el